



Baroni: un viaje
Sergio Chejfec
Candaya, Barcelona, 2010, 191 pp.

Tras la consagración crítica y el impacto editorial que supuso la aparición de *Mis dos mundos*, de Sergio Chejfec (Buenos Aires, 1956), considerada por *Quimera* una de las mejores novelas de 2008, se reedita en España *Baroni: un viaje*, el trabajo anterior del autor, cuya primera publicación argentina se remonta a 2007. Para empezar, hay que decir que nos hallamos ante un artista poliédrico –pues se mueve con absoluto desparpajo entre la novela, la poesía y el ensayo–, que, en su autoconciencia literaria, no duda a la hora de aparecer en sus propios libros, desentrañando sus líneas maestras con ejemplar y lúcida complejidad, hasta el punto de que cualquier reflexión personal del narrador acaba aportando una divagación tan en sintonía con su corpus narrativo que bien podría equivaler a un excursus que formara parte de los textos originales, allá donde su ecléctica visión de la ficción suele desplegar infinitas variaciones sobre una estructura amplia y oscilante. No

hay que olvidar que, como ya decía Francisco Marín en la reseña sobre la citada *Mis dos mundos* publicada en esta misma revista, Chejfec «convierte la trama de la novela en el propio trabajo de escribirla» y, en ese punto concreto, la obra más emblemática del bonaerense coincide por completo en su propósito con *Baroni: un viaje*.

De ahí también que el propio relato parezca llevar aparejado su comentario, por su naturaleza metafictiva: en este sentido, *Baroni: un viaje* no permite lo que a todas luces se muestra como innecesario, es decir, un análisis o un cuestionamiento de sus claves interpretativas, pues ya aparecen al desnudo en un calculadísimo y delicado equilibrio entre espejismo y transparencia, a su vez reflejado en constantes juegos de representación. Esta transparencia, sobre la que volveremos más adelante, se halla en consonancia con un arriesgado diseño narrativo, el que sustentaba también *La novela luminosa*, la obra de culto del uruguayo Mario Levrero, autor que Chejfec menciona como referente explícito en el libro y con el que establece una inquietante genealogía.

Sin embargo, la gran baza de *Baroni: un viaje* es su punto de partida, una anécdota ya en sí misma poderosa que sustenta este peculiar libro de viajes, donde nunca percibimos que el narrador se mueva y en el que apenas se trasluce un hilo argumental. El relato arranca con la descripción pormenorizada de una talla realizada por Rafaela Baroni, artista plástica popular, curandera y *performer* venezolana, y de inmediato la elección de este personaje real como centro

gravitatorio del libro se convierte en uno de sus grandes aciertos. A partir de ahí, con el vago pretexto del interés que despertó la obra de Baroni en el narrador, el relato se sitúa en un pequeño pueblo de la precordillera del país de origen de la protagonista, donde se encuentra su hogar, y ese desplazamiento adquiere resonancias simbólicas, al identificarse con el conocimiento de la fascinante figura de Baroni, que se queda a un paso –por sus especiales características– de convertirse en otro personaje de ficción. La obra supone asimismo una reflexión sobre la naturaleza del arte, sobre el paisaje y la idiosincrasia de Venezuela –espacio que Chejfec conoce de primera mano, pues durante quince años fue su residencia, pero también lugar con el que sin duda se identifica a la polifacética creadora– y sobre una serie de cuestiones cuya trascendencia sobrepasa con amplitud la aparente humildad de su planteamiento discursivo, que navega premeditadamente en la indeterminación, entre la búsqueda de la sublimación artística y el simple esbozo biográfico, sintetizando en ambos aspectos la increíble pero cierta trayectoria vital del personaje que da título a la novela.

Ya en el deslumbrante inicio, Chejfec desvela con maestría la clave de la estructura narrativa. Y ese minucioso estudio de la talla de Baroni revela hasta qué punto es fundamental lo «externo» en cualquier obra artística, pues sólo a través de lo fenomenológico, de lo aparental, de lo transparente, se puede llegar a lo más profundo. La capacidad de irradiación de lo superficial es

la clave de lo inmanente, pero eso, en la novela, no se muestra como un axioma filosófico ni una teoría artística, sino más bien como un apunte en apariencia banal que se transmite como una sacralización relativa de la simplicidad –cuya metáfora es el arte *naïf* de Baroni– en un claro intento de sortear irónicamente cualquier planteamiento que no case con ese discurso dubitativo y vacilante por el que *Baroni: un viaje* lucha constantemente.

Sin embargo, en el libro se contraponen lo descriptivo –lo estático– y lo narrativo –lo vagamente activo– con absoluta naturalidad, y Chejfec, desde un acertado punto de vista subjetivo, realiza asociaciones en apariencia arbitrarias, incorpora historias secundarias, mezcla personajes reales y excursos, en lo que termina siendo un fascinante *work in progress*. De ahí que admita un amplio abanico de géneros –aunque predomine la vertiente ensayística–, sin marcar estructuralmente ni capítulos ni episodios secundarios. El discurso fluye con un peculiar sentido del *tempo* narrativo, donde se materializa una dicotomía a la que se alude explícitamente –recordemos lo dicho anteriormente: todo está a la vista– y que se mueve entre la inmovilidad y la fugacidad, lo contemplativo y lo dinámico, dilatándose las descripciones mientras las anécdotas e historias que salpican la tenue trama se desenvuelven con la parsimonia de un relato que se complace en exhibirse a sí mismo.

Del mismo modo, en la instancia narrativa el presente y el pasado se

alternan, y las anticipaciones y los comentarios metafictivos –algunos de carácter estilístico– parecen apuntar hacia el vértigo que produce el hecho de que el tiempo de la escritura parezca coincidir con el tiempo de la acción y que, de alguna manera, el narrador se convierta en lector de sí mismo.

Esta confusión entre realidad y artificio se halla también en el germen del relato, pues Rafaela Baroni, ese ser anónimo y crepuscular, se halla entre la vida y la muerte –ha sufrido ataques catalépticos– y escenifica su defunción dos veces al año, por lo que el arte tiene para ella un efecto milagroso materializado en la propia exhibición en un féretro. Ello ejerce un efecto casi sobrenatural, acorde con sus actividades como santera, y adquiere el estatus de una *performance* en la que se funden lo artístico, lo curativo y lo espiritual. Estamos otra vez ante el poder de los actos puramente representativos.

La ingenuidad del planteamiento no se contempla desde una perspectiva distanciada, sino que el narrador nos habla de un «colapso metafísico» personal –aquí sí con cierta ironía– desde el momento en que la experiencia del contacto con el mundo de Baroni lo coloca en una comunión espiritual con todo lo que implica el personaje, en un estado en el que confluyen arte, persona, paisaje y representación. Todo ello desemboca en un acto de fe, en el sentido a la vez más inocente y más perverso de la expresión, concebido para llegar a otra epifanía final, donde un papel

de envoltorio hace las veces de detonante de un proceso casi místico.

Porque, en definitiva, *Baroni: un viaje* aborda un concepto tan resbaladizo como la figura del artista. Al igual que Baroni se autorretrata en sus tallas, Chejfec se muestra a sí mismo cuando habla de la escultora, siguiendo una tendencia –no sólo narrativa, sino de gran parte de la escritura crítica que se viene desarrollando en estos últimos tiempos– que utiliza la imposibilidad de un acercamiento epistemológico riguroso para trasladar el interés hacia lo único que es posible tratar sin caer en la falacia: el propio sujeto que, al fin y al cabo, es también el objeto de cualquier proceso artístico desde sus orígenes, aunque ahora se disfrace de una trascendencia que apunta en línea directa hacia la disolución de la literatura tal como se ha entendido hasta nuestros días. En este punto surge, tal vez, la idea más perturbadora del relato: la melancolía que produce el devenir –y aquí aparece otra vez el concepto del viaje– de la propia existencia sólo puede verse curada por los destellos milagrosos que produce algo tan ilusorio como el arte, donde lo inerte, milagrosamente, adquiere movimiento como símbolo último de un relato que se cierra sobre sí mismo, en el grado cero de su estructura circular. No es la única conclusión, por supuesto, del complejísimo discurso desplegado por Chejfec, pero sí la síntesis a partir de la cual se expande el resto de esta apasionante divagación literaria.

ELENA SANTOS